

la PESTE de TEβAS

publicación psicoanalítica

abril de 2009

precio del ejemplar \$ 10

año 13

43

MASOQUISMO



ADRIANA SORRENTINI

Observaciones acerca
del masoquismo

LILIANA DENICOLA

El mal-decir del masoquismo

ALBERTO LOSCHI

La Cosa (das Ding) y el Trauma
Mudo. Pulsión de Muerte-Celos
Trágicos-Masoquismo

SARA HODARA

Reacción terapéutica negativa,
refugio del masoquismo

B. MIGUEL LEIVI

Un padre es pegado

ROBERTO JULIO RUSCONI

Las palabras, las voces, el
masoquismo y las masas

JOSÉ TRESZEZAMSKY

El Masoquismo según Garma

"...soy la herida y el cuchillo, la bofetada y la mejilla..."

Baudelaire

Estimado lector/a:

“La Peste de Tebas” se distribuye en dos versiones idénticas, en soporte papel (revista impresa) o digital (archivo PDF).

Cada número está dedicado a un tema del psicoanálisis sobre el cual escriben los miembros del comité editor y prestigiosos psicoanalistas invitados, y se presenta en una mesa redonda —abierta a todos nuestros lectores— en la que se debaten sus contenidos.

Para adquirir la versión impresa completa de este ejemplar, contáctese vía e-mail con:

secretarialapeste@gmail.com

Para adquirir la versión digital completa de este ejemplar, visite:

<http://www.comunidadrussell.com/tebas>

SUMARIO

la PESTE de TEβAS

PUBLICACIÓN PSICOANALÍTICA CUATRIMESTRAL

Editorial "La Peste" S.R.L.
Virrey Loreto 1520 - 1° "B"
(1426) Ciudad de Buenos Aires
Tel / fax: 4833-6114
e-mail: lapeste@fibertel.com.ar

Editores

Fidias Cesio
Mario Cóccaro
Liliana Denicola
Carlos Isod
Alberto Loschi
Adriana Sorrentini

Coordinación General

Mario Cóccaro

Ilustración de tapa

Mariana Di Nardo de Faillace

Diseño Gráfico

Andrés Mendilaharsu

Impresión

El Taller

Las responsabilidades que pudieran derivarse de los artículos firmados corren por cuenta de sus autores. La reproducción total o parcial de un artículo está permitida con la autorización escrita de la Dirección de La Peste y mencionando la fuente. Registro Nacional de la Propiedad Intelectual en trámite.

Adriana Sorrentini

Observaciones acerca del masoquismo 5

Liliana Denicola

El mal-decir del masoquismo 10

Alberto Loschi

*La Cosa (das Ding) y el Trauma Mudo.
Pulsión de Muerte-Celos Trágicos-Masoquismo* 15

Sara Hodara

Reacción terapéutica negativa, refugio del masoquismo 24

B. Miguel Leivi

Un padre es pegado 28

Roberto Julio Rusconi

Las palabras, las voces, el masoquismo y las masas 33

José Treszezamsky

El Masoquismo según Gama 38

SECCIONES



Editorial

2



Mesa Redonda
"Metáfora"

21

Tema del próximo número

La voz

— EDITORIAL —



Podemos aventurar que el mito bíblico que relata la interdicción de saborear del fruto del árbol del saber (Génesis: II) da cuenta, más que de una prohibición en sentido estricto, de una restricción que, como toda limitación, también implica una posibilidad. El mito advierte que nuestra especie tiene, como única aptitud de conocimiento, la de 'conocer su no saber'. En términos del hermético código conceptual psicoanalítico, reconocer nuestra castración. Y que la potencia que deriva de ese 'saber de no saber' puede llevarnos a la plena condición humana, preservándonos de la soberbia, patrimonio de los dioses —que no padecen castración— y de los estados de exaltación en que —padeciéndola— la renegamos.

De tal manera que, si Sócrates hubiera sido psicoanalista —hay quienes arriesgan que lo fue— su célebre aforismo "**Sólo sé que nada sé**" podría haber sido enunciado en términos de '**Sólo sé de mi castración**'. Y entendemos que ese saber de su no saber, más que melancólico reconocimiento de impotencia, es manifestación de genuina, vigorosa potencia intelectual. Que Sócrates pudo intuir que el saber —cualidad de los dioses— informa, fascina e *in-forma* y que el no saber —cualidad humana— enseña, entrena en los caminos del pensamiento y en la intención de persistir en eterna búsqueda de sentido.

Estas primeras reflexiones intentan acercarnos a la comprensión de un observable: a cada avance exitoso del pensamiento parece sucederle un movimiento regresivo. Podemos pretender explicar esta cuestión desde lo elemental de nues-

tra conceptualización afirmando que el éxito, como el fracaso, perturba la homeostasis. Podemos intentar una metáfora y decir que de esa manera pagamos diezmo a los muertos, a los dioses, al narcisismo infantil y al representante por antonomasia de todo ello: el sistema, lo establecido. Podemos subir un cambio apelando al núcleo duro de nuestro modelo teórico y formular que, junto con el vencimiento de las resistencias del yo, se activan las del superyo. Podemos ir más allá aún en los planos de abstracción y declarar que la actividad creativa deja un montante pulsional desligado que se vuelve contra la propia persona, y/o contra su obra. Nada de todo esto escapó a la mirada implacable y escéptica del viejo Freud.

En esos movimientos de flujo y reflujo en el proceso de pensamiento (que curiosamente parecen replicar los ambivalentes acercamientos de los niños a los misterios de la sexualidad), queda estipulado que, en cada mano de la partida, la ignorancia (en sus dos acepciones, de no saber y de repudiar) tenga dos chances: una primera, anterior al hallazgo de sentido de que se trate, y una segunda, posterior al mismo, en que acomodamos dicho hallazgo a las resistencias que creímos haber subyugado para poder acceder a él. Un primer momento en que ignoramos, pero estamos en plena disposición a pensar, aunque queden por vencer las resistencias a que invitan la indolencia, la inercia, la rutina de los hábitos mentales. Y otro en que, en una vuelta compleja de soberbia infantil —patognomónica expresión de negación maníaca de miedo y culpa— repudiamos el valor de esa primera ignorancia, esa 'desnudez ancestral' que nos

llevó a buscar. En ese proceso solemos perder la médula, el sentido, las implicancias más preciosas y sutiles de aquello que, llevados por el ‘no saber’, logramos desentrañar. Quizás es por ese movimiento vacilante de idas y vueltas entre curiosidad, indolencia, miedo, culpa, omnipotencia y repetición –en esencia sometimiento masoquista– que lo que no tiene final con el final de análisis es la reelaboración de sus aciertos.

Una y otra vez intentamos diferenciar dos versiones del término inconsciente, las que dan sentido a los giros “*el inconsciente*” y “*lo inconsciente*”. [La arbitrariedad en la elección de **el** y **lo** pareciera no ser absoluta ya que, en los usos de nuestro idioma, el artículo de género masculino **el-** suele apuntar con mayor precisión a la (id)entidad de algo, mientras que el artículo de género neutro **lo-**, mantiene un cierto grado de ambigüedad]. Decíamos que una y otra vez intentamos discriminar entre ambos giros y una y otra vez tendemos a ‘olvidar’ la diferencia, invocándolos de manera casual y antojadiza, obviando las posibilidades que nos ofrece el contraste.

Preferimos elegir la denominación ‘**lo inconsciente**’ para designar a aquello con que nos topamos a partir del ‘no saber’ que impera en las circunstancias y vicisitudes del diálogo clínico. Se nos hace evidente en el proceso en que surge el sentido de síntomas, sueños, lapsus, actos de término erróneo, giros lingüísticos. Sobre todo, **lo** inconsciente se nos hace evidente, por esa sorprendente cualidad de las palabras que lleva a que con cada frase dicha por nuestro interlocutor se puedan construir simultáneamente por lo menos dos expresiones de significado totalmente diverso, según se aplique a ellas la atención convencional del diálogo cara a cara, la atención flotante de la escucha analítica, o ambas. En otra vereda nos topamos con ‘**el inconsciente**’ conocido –sabido– en nuestras lecturas, elaboraciones teóricas, exposiciones y discusiones académicas. Desde la experiencia de esa diferencia nos proyectamos en Freud e imaginamos que descubrió **lo** inconsciente (le *in-vino*) en el trabajo con



▲ Bernini / *El éxtasis de Santa Teresa*

sus pacientes y, a partir de ese descubrimiento sistematizó, en “espléndido aislamiento”, el núcleo de su teoría; creó **el** inconsciente conceptual.

Para poder acceder a la comprensión de **lo** inconsciente y, sobre todo, para poder sostenerla, se hace necesario vencer resistencias a resignar la compulsiva tendencia de nuestro pensamiento a presentarnos a aquello de que intentamos estar al tanto como proveniente de algún lado, siguiendo un ancestral patrón creacionista –infantil, primitivo, obsesivo– y la concomitante obcecación – infantil, primitiva, obsesiva– por un saber de los orígenes. Los relatos religiosos circulan por esa senda: al principio hay nada, y un Ser supremo crea algo forme desde esa nada. O su versión alternativa, sólo hay caos y el Ser crea orden donde no lo había. Variaciones sobre “*un nuevo acto psíquico*”. Forma parte de nuestras especulaciones psicoanalíticas la idea de que ese Ser, núcleo de todas las cosmogonías –al que el pensamiento evolucionista que aparenta cuestionar su existencia le brinda, en complicidad y casi en secreto, una fuerte apoyatura racional– contiene

la proyección de nuestro semiresignado narcisismo infantil.

En una variante de ese pensamiento podemos vernos llevados a pensar que hay un ente inconsciente (**el** inconsciente) que, cual deidad, trasciende a sus manifestaciones (**lo** inconsciente). Un **ente inconsciente** del cual emanan formaciones, resplandores de un áureo fundamento incognoscible e inaprehensible. Un juicio crítico posterior nos llevará a veces a recapacitar y concluir que el *"ombligo del sueño"*, como todo lo que está más allá de lo representable, carece de existencia; tiene todo el mérito de un principio explicativo.

Nos resulta así de utilidad pensar que cuando hablamos de **lo** inconsciente presentamos una serie de datos ofrecidos por nuestra clínica, que conservan el impacto de la voz de nuestros pacientes y el tono de sus palabras, a las que recreamos, significamos, resignificamos. Aquí lo inconsciente es "procesual", se mueve en el plano de lo descriptivo y de lo sensible; nace de la escucha del analista y culmina con sus intervenciones. Sólo en ese espacio acotado de diálogo en que analista y paciente 'respiran del mismo aire', circula **lo** inconsciente. Y que cuando hablamos de **el** inconsciente lo hacemos desde una elaboración, desde una representación, una imagen congelada, desde una inteligibilidad entendida como *"materia de puro conocimiento, sin intervención de los sentidos"* (RAE).

Confundir una representación o un concepto inteligible con un existente sensible, vivencial y real es, cuanto menos, un error interpretativo de nuestra conciencia, una falla epistemológica. Falla que intuimos—sólo intuimos—tendría que ver, en última instancia, con ese estado de exaltación megalómana que nos lleva a ignorar las posibilidades y las limitaciones de nuestra condición humana.

Es a la luz de la hipótesis que estamos desarrollando acerca de la perturbación que introduce la megalomanía infantil y primitiva en el acto de conocimiento que observamos ese deslizamiento cuasi metonímico en el pensamiento y en el dis-

curso que borra toda solución de continuidad entre **lo** inconsciente y **el** inconsciente. Y es en ese contexto en la que se instala la desestima de la diferencia. Cuando nuestro movimiento anímico es poseído por el fervor explicativo que acompaña al 'no querer saber acerca del no saber', **lo** inconsciente, que referimos al inconsciente vivo (procesual) que viene a nuestro encuentro en el diálogo analítico, producto y productor de una praxis donde agota su sentido, se momifica y esteriliza en su confusión con el concepto teórico de **el** inconsciente. Renegamos entonces de la evidencia de que (como sucede con el futuro en las anticipaciones de los videntes) **'lo inconsciente, cada vez que lo logras visualizarlo, cambia'**. Y que por el contrario **'el inconsciente, cuanto más lo conocés, más idéntico es a sí mismo'**.

En ese proceso donde la percepción de **lo** inconsciente pierde su cualidad de instantánea y su condición subjetiva y vivencial recibe transferencias desde el yo-ideal (permítasenos la licencia de hablar por un momento de una noción como si fuera un existente) y, como el personaje del líder de *"Psicología de las masas..."* atrae sobre sí un montante extraordinario de pulsión (otra licencia). El concepto sensible (una *exhalación*, en términos de Barthes) muta en principio explicativo (un *ladrillo*, según el mismo autor), y de ahí a origen, principio generador, hay un sólo paso.

Esa sucesión se nos hace evidente en la utopía de recuperar una *Ursprache*, *"esa lengua original, anterior a Babel"*, que quizás no pueda ser recuperada porque, hasta donde podemos ver, es posible que nunca haya existido. En todo caso, puede ser creada, construida. También creemos entender mejor la inconveniente ilusión de divina e inmutable eternidad, el desdén por la valía del instante humano en la invocación de Borges frente al calendario: *"... el asombro ante el milagro de que, a despecho de infinitos azares, a despecho de que somos las gotas del río de Heráclito, algo perdure en nosotros: inmóvil"*.

Carlos Tsod

Por el Comité Editor de La Peste de Teñas

Estimado lector/a:

“La Peste de Tebas” se distribuye en dos versiones idénticas, en soporte papel (revista impresa) o digital (archivo PDF).

Cada número está dedicado a un tema del psicoanálisis sobre el cual escriben los miembros del comité editor y prestigiosos psicoanalistas invitados, y se presenta en una mesa redonda —abierta a todos nuestros lectores— en la que se debaten sus contenidos.

Para adquirir la versión impresa completa de este ejemplar, contáctese vía e-mail con:

secretarialapeste@gmail.com

Para adquirir la versión digital completa de este ejemplar, visite:

<http://www.comunidadrussell.com/tebas>

“...a cada avance exitoso del pensamiento parece sucederle un movimiento regresivo.

En ese proceso de flujo y reflujo podemos perder –junto con el repudio de la desnudez ancestral que nos llevó a buscar– la médula, el sentido, las implicancias más preciosas y sutiles de aquello que, llevados por el ‘no saber’, logramos desentrañar.

Quizás es por ese movimiento vacilante de idas y vueltas entre curiosidad, indolencia, miedo, culpa, omnipotencia y repetición –en esencia sometimiento masoquista al narcisismo infantil– que lo que no tiene final con el final de análisis es la reelaboración de sus aciertos.”